Biografía de una biografía

Palabras del maestro Mario Gómez-Vignes en la presentación del libro de su autoría
Imagen y obra de Antonio María Valencia
Icesi (Cali), viernes 22 de noviembre de 2024

La creación de esta obra no surgió de manera premeditada… sino que fue naciendo a través de una serie de circunstancias –yo no las llamaría casuales–, hechos que se fueron hilvanando unos con otros hasta llegar a darse el momento en que –sin yo haberlo vislumbrado– resulté sumergido en la elaboración de un denso texto biográfico, premunido de una abultadísima información pertinente y de positivo valor documental: correspondencia epistolar abundante en dirección este-oeste (París-Cali) y viceversa, prensa, principalmente de Francia y, obviamente de Colombia (de Cali y de Bogotá en su gran mayoría); materiales estos que constituyen el basamento principal del relato vital de mi protagonista.

A esto se agregaron posteriormente charlas y entrevistas a personas y *personajes* que departieron directamente con el protagonista biografiado que fueron de positiva ayuda, puesto que me aclaraban aspectos que en la documentación no estaban bien definidos.

Mi experiencia en la escritura profesional se remonta a los años iniciales de la década de los sesenta, cuando yo estaba en mis dorados veintitantos.

Por motivos de orden profesional yo vivía en esos días en una ciudad muy al norte de mi país, llamada Antofagasta, famosa por su cercanía con los minerales de cobre.

Don Luis Fernández Navas, periodista muy aquilatado, era el director del periódico local: *El Mercurio*. A pesar de la diferencia de edades surgió una muy sólida amistad con él y su familia. Cierta vez, y ya con conocimientos por parte de él de mi experiencia docente en la música, me ofreció una columna en su periódico y gracias a ella transite por las sendas de la crítica musical, las entrevistas a artistas visitantes y a la escritura de artículos de divulgación musical.

Mi tendencia a escribir está hermanada con mi tendencia a componer música, hechos ambos que tienen antecedentes muy cercanos en mi época de niño y adolescente.

Permítanme –y mi disculpan– hacer una rápida y breve digresión para confesarles que todo esto no es obra del albur, el azar o la casualidad.

En mi familia hay un precedente absolutamente cercano a mí, en cuanto a la tendencia a relatar, a transmitir, a compartir generosamente conocimientos y experiencias: *mi padre*.

Mi padre era un hombre sumamente culto, irrestricto lector, poseedor de una nada despreciable biblioteca, no enorme, pero sí muy selecta, en especial con obras de historia, de ciencias, de astronomía, en preciosas ediciones. Era un amante incondicional de la cultura de la antigua Grecia clásica.

Recuerdo cómo las sobremesas con él eran deliciosas charlas en las que todos –mi madre, mis hermanos y yo– éramos pendientes de sus relatos, de su parla tan fluida, amena, sin asomo alguno de ostentación: ¡qué memoria! No se trataba en absoluto de la repetición rutinaria de unas lecturas, de simples datos expresados al azar, sino de una muestra ejemplar de cantidades enormes de información y originales conclusiones fuertemente asimiladas que nos transmitía sin dejes de petulancia, como abriendo ante nuestros ojos un mundo y unas épocas que a mí, niño de ocho o diez años, me daban la sensación (absurda, obviamente) de que las hubiera presenciado.

Muchos de ustedes, sin duda, habrán leído a Borges o a Guy de Maupassant, dos notables prosistas. Pues bien –y guardando las proporciones desde luego–, los deliciosos y amenos relatos de estos dos maestros de la narrativa novelada les pueden dar una idea de cómo eran esas sobremesas de mi infancia y juventud, en mi lejano suelo natal.

He ahí los antecedentes del autor de esta biografía de Antonio María Valencia, mis antecedentes.

A continuación me referiré a los pródromos del libro cómo logró su gestación, que fue, por lo demás, toda una aventura. A él están vinculadas una cantidad nada despreciable de personas y personajes.

A mediados del siglo pasado, en los círculos musicales de mi país, eran de corriente mención un número asaz menguado de compositores de nuestra América Latina: Heitor Villa-Lobos (de Brasil), principalmente; Ginastera (de Argentina), algo menos; aún Amadeo Roldán (de Cuba), Carlos Chávez (de México) y, si mucho, Juan Bautista Plaza (de Venezuela). De Colombia solo se conocía a Carlos Julio Ramírez y algunas canciones populares.

Así pues, fue aquí, en esta misma ciudad, hace algo más de medio siglo, que yo vine a saber de la existencia de Antonio María Valencia.

El maestro Luis Carlos Figueroa (quien, como es sabido, fue su discípulo y ejercía en esos años –comienzos de la década de los sesenta– la dirección del Conservatorio de Cali) me lo dio a conocer facilitándome gentilmente una copia de la partitura autógrafa de una bella obra para piano, titulada "Berceuse" (una canción de cuna) que, al no existir la fotocopia de calidad, me trasnoché copiando en el hotel.

Debo en gran parte a Colombia –mi segunda patria– el hecho de haber continuado mi tránsito profesional en lo que respecta a docencia y creación musical; dos actividades que, en términos de tiempo y dedicación, resultan algo reñidas la una frente a la otra.

Tras un par de intermedios docentes, ejercidos en Popayán y Medellín, respectivamente, mi dilecto y estimado amigo y colega, maestro Gustavo Yepes Londoño, quien a la sazón era el director titular de la en ese entonces Orquesta Sinfónica del Valle (hoy llamada Filarmónica de Cali), previamente consultado por las directivas de Bellas Artes, propuso mi nombre para la dirección del Conservatorio que en aquel momento se encontraba acéfala. Su sugerencia fue atendida.

Mi permanencia en la dirección del Conservatorio de Cali transcurrió en un lapso de algo menos de cinco años desde febrero de 1981 a julio de 1985. Pero fue –en parte– lo suficientemente valiosa y enriquecedora para mí, en el sentido de que tomé contacto en profundidad con la *vida* y la *obra* del maestro Antonio María Valencia.

He allí el punto de partida de la obra que hoy renace felizmente en su lujosa segunda edición, corregida y aumentada, gracias a la editorial de la Universidad EAFIT, de Medellín, representada por tres personas, una de ellas aquí presente, por quienes guardaré, mientras viva (y más allá), toda mi profunda gratitud.

Al segundo año de mi permanencia en la dirección del plantel –es decir, en los meses iniciales de 1982– se conmemoraron los 50 años de la fundación del Conservatorio de Cali.

Gracias a la gestión de la doctora María Antonia Garcés Arellano, en aquel entonces directora general de Bellas Artes, mantenía yo una columna esporádica en el periódico El País. Y allí fue publicada una detallada crónica de mi autoría, atinente al personaje y su polifacética condición de pianista, compositor y educador… y mártir (agregaría yo).

Esa reseña periodística está vinculada decididamente a una anécdota increíble (por decir lo menos) que siempre me gusta recordar, precisamente por lo absurda:

En la oficina de la Dirección (es decir, mi lugar de trabajo en esos días) había una vitrina que me parecía muy misteriosa, atestada de papeles, de documentos, de cartapacios. Nadie tocaba ese mueble silencioso.

Le pregunté a mi secretaria qué era lo que guardaban allí.

Me dijo que no lo sabía, pero que al parecer todos lo sabían, pero nadie se interesaba por lo que contenía.

—¡Traiga la llave y me la abre!

Pues bien, en mi reseña publicada en el periódico local, comentaba yo acerca de esa experiencia y mi asombro generados por el "descubrimiento" (¡porque eso fue lo que fue!) de semejante tesoro acerca de mi segundo contacto con la obra compositiva del maestro Antonio María Valencia.

Ese artículo, titulado "Silueta de una obra", está hoy reproducido en facsímil en el volumen de la nueva edición hecha por la Editorial EAFIT, en la página 697, y podría considerarse como el punto de inicio del libro que hoy se ofrece en su segunda edición a la sanción pública.

Pasó el tiempo y ya hacia 1986, una vez separado yo de la dirección del Conservatorio de Cali, el querido amigo y maestro Alberto Guzmán Naranjo (q. e. p. d.) me visitó en mi domicilio y me ofreció el cargo docente que él dejaba en el Conservatorio de Popayán.

Y así fue como entre Popayán y Cali fui redactando la vida, los acontecimientos y los avatares de Antonio María Valencia.

Fue bastante más de un lustro dedicado a la tarea de ir construyendo el relato. No era nada más fácil, puesto que era menester no olvidar los deberes alimentarios (por un parte), preparar mis clases para Popayán, atender escasas cuatro horas de docencia en la Universidad del Valle y dedicar tiempo a mi familia: mi esposa María Helena y mis hijos, a quienes agradeceré por siempre su paciencia y su silente apoyo.

Entre 1985 y 1991 (seis años) fui haciendo acopio de una apreciable cantidad de material no solo precioso sino además pertinente: y, desde luego, realizando entrevistas a todas las personas que aún vivían y eran testigos directos del tránsito vital del maestro

Valencia; ingente documentación de cuanta índole pudiera existir, abundante correspondencia París-Cali, Cali-París; y por mi parte análisis y comentarios pormenorizados de sus obras musicales, amén de consultas agotadoras de fuentes primarias y secundarias, una inmensa mayoría en francés (agradezco aquí a los regios profesores de francés que tuve en el bachillerato).

¿Que hubo dificultades?, obviamente que sí las hubo y muy ingratas de recordación: ocultamiento, mala voluntad, revanchismo y otros ismos desagradables que me tocó batutear.

Pero, a la vez, hubo varios nobles miembros de la propia familia del maestro que no me escatimaron su ayuda, sus recuerdos y su apoyo absolutamente generoso al proyecto.

Entre la nada despreciable cantidad de personas y personajes entrevistados, hay cinco, especialmente, que no debo ni quiero dejar sin mencionar porque fueron definitivos en el tránsito de acopio de ingente, valiosa y pertinente información:

Primero que nadie su hermana Rosario (Rosario Valencia Zamorano) y su sobrina Irene Valencia Caldas, gracias a la cual pude fotocopiar la ingente, enorme e interesante correspondencia del músico desde Francia a su familia; en tercer lugar, el médico doctor Guillermo Valencia Zamorano (en Bogotá), hermano menor del músico, su prima Mary Fernández de Bolduc y Susana López, esta última firme puntal de inexcusable e irrestricto apoyo al malogrado músico.

Debo, al mismo tiempo, mencionar con profundo agradecimiento a dos personajes caleños, miembros de la Corporación para la Cultura de Cali, sin cuyo estímulo e infinita paciencia apoyaron sin restricción mi iniciativa y aguardaron a su feliz conclusión: ellos son don Jorge Ernesto Holguín y sobre todo y muy especialmente la señora María Isabel Caicedo.

La obra, tras su aparición a finales del año 1911, cuando se conmemoraban los cuatrocientos cincuenta años de Cali, fue comentada –*ipso facto*– muy positivamente por personajes de alto rango de la prensa capitalina, tan distinguidos e idóneos como Otto de Greiff (de El tiempo de Bogotá) y Hernando Caro Mendoza (de El Espectador igualmente de Bogotá).

En Cali, en febrero del año siguiente (1992), apareció un extenso artículo –en dos entregas– debido a la autoría de doña Clara Zawadski (en el periódico Occidente), y

finalmente –ya en el 2021–, tras una entrevista previa, apareció una nota panegírica del doctor Darío Valencia Restrepo en su ya conocida columna “Viaje del Tiempo”, de Medellín (aquí falta decir en qué periódico). Todos estos documentos están hoy incorporados a la nueva edición.

Este trabajo fue, además, galardonado en los Estados Unidos de Norteamérica, en la ciudad de Washington D. C., por la Organización de los Estados Americanos (OEA), con el premio Robert Stevenson y el Consejo Interamericano de Música (CIDEM), mediante el otorgamiento de una Diploma con Mención Honorífica, expedido el 25 de marzo del año 1993.

Para finalizar quiero hacer énfasis en mi profunda gratitud a mi esposa María Helena y a mis hijos por su apoyo silencioso.

En el día de hoy, estamos aquí para celebrar el feliz y oportuno lanzamiento de la segunda edición del primer volumen (la biografía del maestro Valencia) que estuvo a cargo de la Editorial de mi querida Universidad EAFIT, gracias al empuje definitivo de tres seres maravillosos que obedecen a los nombres de Marcel René Gutiérrez, por su infinita paciencia y mis rendidas disculpas por mis demoras y por mi crasa ineptitud ante el uso del computador.

De igual manera mi rendido reconocimiento al compositor y maestro Andrés Posada Saldarriaga, por su decidido empuje y padrinazgo en lo referente a la edición en fascículos de la obra musical del maestro Antonio María Valencia que espero pronto se reanude y culmine en su totalidad.

Y en párrafo aparte quiero expresar mi positivo reconocimiento a un ángel tutelar bajo cuyo apoyo, interés y voluntad sincera e irrestricta vi renacer el proyecto que –por mi parte– ya suponía olvidado o postergado irremisiblemente; su nombre es Carmiña Cadavid Cano. Un aplauso para ellos. ¡Mil gracias!